SOLDADESCA Y PICARESCA

(CONTINUACIÓN)

En 1621 convalecía en Mesina cuando surgió la reyerta de florentinos y españoles que duró tres días y causó la muerte de muchos hombres. Don Diego tomó parte en la lucha.

Por octubre de ese mismo año salió con las galeras de Levante, y recibió un arcabuzazo durante un desembarco. Curado de esta herida, salió nuevamente con las galeras y tomó parte en la captura de la *Sultana*. Pasó a Patmos y a Chipre, y participó de la presa de ricos caramuzales.

En Sicilia fué privado del príncipe Filiberto de Saboya. Mató en duelo a un camarada, y con esto perdió el nombramiento que se le había dado para mandar una compañía.

Partió a Nápoles, y después de matar a un hombre en cierta casa misteriosa de un tahur, huyó con la dama de éste a Roma, en donde se le quitó la compañera por mano de la justicia.

Estuvo después en Florencia, en Bolonia, en Ferrara y en Mantua. Allí fué privado del Duque, y se le reunió la dama, con la que se fué a Milán, donde mató en duelo a un adversario.

Salió para Turín. De Turín partió para Saona y Génova. Embarcándose con destino a Civitta Vechia, llegó nuevamente a Roma, y de Roma se encaminó a Nápoles.

Refugiado en la Iglesia de San José, para escapar a la acción de la justicia, un judío pretendió asesinarle ante el altar mayor, disparándole un pistoletazo. Salvado milagrosamente, se hizo bandido, y salió a campaña con una cuadrilla. Aprehendido, sobornó a los alguaciles, y anduvo escondiéndose en iglesias y sepulcros. Después de mil trances, pudo embarcarse disfrazado, con la mira de pasar a las Indias. Pero las tormentas que azotaron su nave, le llevaron a Trápana, en Sicilia.

Perdonado por el príncipe Filiberto, entró como capitán refor-

mado. Tuvo un desafío, hirió al contrincante, y esto aumentó su buena opinión ante el príncipe.

En una expedición marítima con el marqués de Santa Cruz, fué parte principal para la derrota del corsario renegado ferrarés, Alí Arraez Rabacín. La presa valió a don Diego más de cuatro mil escudos.

Volvió a embarcarse en persecución de las galeras de Biserta, fué a Malta, y de regreso se dedicó a hacer la historia rimada de la expedición.

Estuvo en Palermo durante la gran peste. Partió a la guerra contra el duque de Saboya y la República de Génova. Desembarcó en Saona, pasó de allí a Luca, y compuso seis comedias en el jardín de su amigo Antonio Nacorini. Fué a Génova, y en Liorna trabó amistad con D. Pedro de Medicis, a causa de un desafío que tuvo con dos caballeros. Debía hacer la campaña de Flandes con Lorenzo de Medicis, general de la caballería, pero faltando la ocasión por quedarse el príncipe, quiso ir a Venecia, «con deseo de buscar ventura».

De Venecia pasó a Padua, donde se vió en punto de necesidad. Recibió auxilios interesados de un judío, y nombrado maestro de armas y lenguas en la casa de un príncipe francés, que se decía hijo natural de Enrique IV, salió de sus momentáneas dificultades.

Un caballero le invitó para que fuese a la corte del Príncipe de Transilvania, en Belgrado, y de allí al Jogarasch, en cuyo castillo estaba el soberano. Desafió al embajador de Venecia, galanteó a dos damas de la corte, y la princesa se enamoró de él platónicamente.

Muerto el príncipe, partió de aquella corte en la compañía del conde de Diatistrain, embajador del Imperio.

Venciendo en el camino a los salteadores turcos, «mediante el auxilio de Dios y su propia industria», pasó por la Hungría inferior, confinante con Croacia, y llegó a Viena.

El Emperador le fué muy propicio, y entró en la privanza de D. Baltasar de Marradas, capitán general del reino de Bohemia.

Estuvo en Ratisbona con la Corte, para presenciar la coronación de la Emperatriz, y tomó parte en la campaña de Bohemia, hasta la derrota final de rey de Suecia.

Nombrósele capitán de caballería, por haberse distinguido en trece escaramuzas, donde recibió cinco heridas. Partió en auxilio del castillo de Frauenberg, sitiado por el duque de Sajonia, y durante

la noche de San Juan rompió los diques de unos gruesos estanques, con que el duque tuvo que levantar el campo, después de perder quinientos hombres. Esta proeza le valió ser nombrado gobernador del castillo.

Su acción, o por lo menos su escenario, era ya de magnitud histórica. Había visto caer a Tilly, mortalmente herido. Había conocido a Wallenstein, el príncipe de los aventureros. Había presenciado las horas finales de la tragedia del heroico rey escandinavo. Era gobernador. Estaba encargado de una comisión de la que dependía la salvación de un trono. El Emperador se fiaba en su pericia, en su valor y en su lealtad. Nuestro Señor le tocó en el corazón, «dándole el verdadero conocimiento de las cosas mundanas». El 2 de febrero de 1663, a los 44 años de edad, partió a Viena, y pidió licencia para retirarse. Rehusó las promesas que le hacía el Emperador, y no se dejó tentar por las de Wallenstein que le invitaba a seguir sus banderas.

Atravesando la Estiria, la Carintia, la Carniola, el Friul y los Estados de Venecia, se presentó en los de Roma. Partía ya para Nápoles, cuando recibió la noticia de que su mujer, la dulce Lucrecia, había muerto. Apenas si era padre. Pensó en ir a España, «dudoso de la resolución de su estado». Pero habiendo pasado a Milán, con el cardenal Spinola, para besar la mano del Cardenal Infante que iba a Flandes, volvió a Roma por Liorna y Florencia. Allí determinó hacerse religioso del beato Juan de Dios, «por la caridad en que está fundada», y pasó el año 1634, y parte del siguiente, en ejercicios devotos. El 16 de febrero de 1636, a los 47 años, se le dió la profesión, y fué enviado a Cerdeña.

Allí fundó conventos, preparó la defensa de la isla contra los invasores franceses, retó al arzobispo de Burdeos, jefe de la expedición, y fué prior de Sassari.

Estuvo en el capítulo de Palermo, y volvió a Cerdeña como comisario y visitador general. Tullido, llagado de frente, manos y rodillas, continuó sus trabajos. Acudió al capítulo general de Roma, donde se le eligió prior de Soma y vicario general de las provincias de Alemania.

Curado en Soma, fué enviado de nuevo a Cerdeña, pues no pudo ir a Alemania por la peste que allí reinaba. Con todo, debió permanecer en Nápoles, donde le retuvo el duque de Arcos, quien

deseaba aconsejarse de él en la ocasión de la armada francesa que atacó a Orbitelo.

Terminada la campaña se dirigió a Procida, donde pudo embarcarse en una tartana. Arrojada ésta por los vientos hacia Berbería, y huyendo de un galeón de turcos por las costas de Cerdeña, sin poder tomar puerto, llegó a la costa de Roma, encallando frente a un surgidero. La tartana, sin timón, fué arrastrada de las escolleras y llevada a la vista de Córcega, de donde fué nuevamente arrebatada a Civitta Vecchia. Allí pudo efectuarse el salvamento de los tripulantes.

En octubre de 1642 acaban las noticias que nos quedan de don Diego Duque de Estrada, cuya vida es el modelo perfecto de la inquietud, y puede tener por símbolo la tartana sin timón.

Suponiendo que la historia de Fray Justo encierre un ochenta por ciento de mentiras, su parte incontravertible es una demostración de los caracteres que atribuímos al aventurero como rasgos típicos.

VII

La fascinación de Nápoles

Todo lo que había de español fuera de España—no hablo de América, sino de Europa—se concentraba y refinaba en la capital y puerto de Nápoles. Allí estaba el virreinato de mayor cotegoría; allí se estableció de asiento la flor de los caballeros; allí la picaresca se hacía carne de la carne del pueblo, y sangre de su sangre.

Los palacios eran españoles. El honor era el mismo de España, puntilloso y grave. Todo esto se debía a la acción oficial; podía atribuirse a la guerra y a la política. Pero siglos antes de que una y otra hiciesen de Nápoles la ciudad más española de Italia, los catalanes se habían apoderado de ella mercantilmente, así como se adueñaron de Cerdeña y Sicilia. Ya solo faltaba que Sevilla y Valencia volcasen la hez de sus tinelos sobre el populacho napolitano, para que se formase aquel medio especial, en el que actúa durante más de siglo y medio una soldadesca manirrota y divertida, engalanada de seda, y una picaresca, madre de la *camorra*.

Comencemos por inclinarnos ante una tumba. ¿Quién la ha visto sin emocionarse? ¿Quién no ha vuelto a visitarla?

«Guarda este mármol—dice la inscripción—Las famosas cenizas de aquél eroe inbencible Dionisio de Guzman—Cavallero del abito de Santiago—De los Consejos de Guerra de Su Magestad—Maestro de campo general de los exercitos—De Milan y Lombardía, armada Real y este Reyno.—Falleció el 24 de Julio de 1654—Milito cuarenta y cuatro años continuos en guerra viva—En las Provincias de Italia, Estados de Flandes,—Reynos de España y armadas marítimas.—Comenzo de soldado y subio a la fuerza de su merito—A todos los grados de la milicia—Gano a su Rey treynta y una fortalezas—Socorrio diez y ocho plazas y vencio sesenta y dos veces.—Fué terror de los adversarios, exemplo de los amigos—Asombro de los exercitos y envidia de las naciones—Constante en los trabaxos, intrepido en los peligros—Templado en las costumbres y modesto en las felicidades.—La antigua Castilla le dio noble Oriente—La sociedad christiana dichosa vida—Vivio para servir a su Rey— Y aviendo muerto para si quedara inmortal—A la memoria de los siglos futuros.»

Don Dionisio de Guzmán estaba muy lejos de ser un aventurero, y nada tenemos que ver con él, sino para reconocerlo a titulo de curioso contraste. Va a Nápoles llevado por el deber, o si se quiere, por la vocación militar. Pudo haber vivido en Bruselas o en Milán, en Madrid o en Viena.

Para conocer la Nápoles de los aventureros, hay que llegar con Pedro Ordóñez de Ceballos. «Partimos a nuestras galeras, y en ellas a Nápoles, que es una grandísima y bella ciudad, y de tantos príncipes y titulados, que entonces entendí el dicho de la vieja que decía al Emperador: «Plega a Dios, hijo, que yo te vea virrey de Nápoles.»

Un moderno querrá buscar en el pícaro y en el soldado las emociones de Goethe, de Stendhal o de Taine. Pero antes de hacer distinciones secas, negadoras de toda delicadeza, sensual por lo menos, en el vulgar soldado inculto, conviene proceder a un examen personal.

Miguel de Castro es algo menos que un soldado; es asistente de un capitán; favorecido, no pasa de camarero de un virrey. Pero Miguel de Castro tiene temperamento literario. Ve, siente y escribe. Verdad es que un erudito, que ha publicado y prologado sus Memorias, le llama hombre de imaginación apagada, sin duda porque no hincha frases con los lugares comunes de la historia oficial, y se complace en reproducir los sucesos de su vida interior, tumultuosa

y dramática. Llámesele también oscuro, porque da giro espontáneo a la frase, salvo cuando quiere ser elocuente, que es cuando no habla de sí mismo sino de los hechos de sus personajes.

Pero antes de interrogar a Castro, hay que dar un vistazo general a la Nápoles del aventurero de alta prosapia, formado en las disciplinas literarias de Toledo y Madrid.

«Entré en la esclarecida ciudad de Nápoles—dice Duque de Estrada,—la cual se escribe en esta forma: N. O. L. S., que no solamente significa Nápoles, pero aun con las mismas letras se escribe NON PLUS. Sería necesario para su descripción un libro entero; pero porque esta se halla en diversos volúmenes, digo sólo de esta suntuosa y amplia ciudad, que después de Constantinopla, que en Europa es la primera, y París la segunda, compitiendo está con la grandeza de Lisboa, igualándose y pasando la circunferencia de los muros de Roma, y superando el pópulo a éstas y las demás de Europa: Milán en Lombardía, Sevilla en España, Florencia en Toscana, Gante en Flandes, Praga en Bohemia, Benecid (Sebenico) en Dalmacia, Posonia (Presburgo) en Hungría, Cracovia en Polonia y Londres en Inglaterra. Es la más populosa, rica, deliciosa, fecunda y noble de toda Europa, así en jardines, fuentes, frutas y carne, en caza, peces, legumbres, como en temperamento proporcionado, en riquezas y comercio. Engrandécenla ricos y suntuosos templos, adórnanla nobles y suntuosos palacios, guárdanla fuertes y hermosos castillos, ennoblécenla grandiosos y potentes príncipes, hermoséanla ilustres y bellas damas, y guarnécela y enriquécela el mar que por una parte la cine, siendo su mayor delicia el paseo de la calle de Toledo, de carrozas y señores a caballo, que apeándose en el puerto de Santa Lucía, cuyas fuentes le adornan y deleitan, se embarcan en velocísimas falucas, entoldadas de ricas telas en gran cantidad, y van gozando de la apacible ribera y de la multitud de dulces y agradables voces, que en diversos, acordes y bien tañidos instrumentos, recrean por todo el campo a los que en él se festejan, pasando o deteniendose en tres millas de soberbios palacios de príncipes y maravillosos jardines, y fuentes de vistosos artificios, y labores que en la falda y margen del mar y montaña de Posilippo están, como por la otra parte el soberbio jardín llamado Pozo Real, cuya abundancia de aguas e invenciones dellas, el camino lleno de árboles y fuentes merece bien el nombre Real...»

La descripción, dejando aparte méritos de estilo, corresponde exactamente a la preocupación moderna de un turista sensible que va registrando todas las bellezas paganas de Nápoles, con su Taine a la vista. No difiere en esto el simple soldado del capitán fastuoso. Miguel de Castro asiste a la fiesta de Nuestra Señora de Septiembre, en el año de 1608. «Aquel día, va todo Nápoles a aquella fiesta. Van diez mil damas en extremo bizarras, con infinidad de carrozas, y van dos mil caballeros a caballo y en carrozas, que ver sólo tantas galas, tantos divinos rostros, es una gloria; tanta nobleza de principes y titulados, que pasan de trescientos y tantos, y con tan diversos colores de ricas libreas, y tan copiosas, que parece todo el paseo un prado de agradables flores. Van infinidad de gente plebeya, que hay entre las mujeres mil divinos rostros, y adornadas todas de mil joyas, que no hay mujer de zapatero de viejo que no traiga el día de fiesta cadena y cadenas y gasgantilla de oro, y muy ricos vestidos de seda. Pues ver mil hermosas cortesanas españolas e italianas, que en donaire y brío remueve los sentidos más absortos y mortificados. Este paseo es orilla del mar, en una muy larga y espaciosa calle, que de la una parte está adornada de soberbios palacios y suntuosos edificios, y de la otra de la apacible vista del mar, el cual no huelga, que se ven por él dos mil veloces falucas con cien mil otras damas no menos bizarras y de calidad que las que van en las carrozas, y mil galanes y caballëros titulados, oficiales, suizos, consejeros, y mil diversos instrumentos de música, adornados de mil divinas voces, así de mujeres como de hombres... Sin otros mil millares de músicos que alegran y regocijan aquella ciudad, la más felice del mundo.»

Ni del rápido ensayo comparativo que nos dejó Duque de Estrada, ni del ingenuo esbozo que hace Miguel de Castro, podemos esperar una voluptuosa y sabia modulación como la que da Goethe a sus emociones; pero los dos aventurëros concuerdan maravillosamente con el poeta alemán en la impresión de conjunto que recibe de Nápoles. «No sería, en verdad, lícito tachar a los napolitanos de localismo, si entre todos ellos nos fuera imposible encontrar uno solo dispuesto a alejarse de la ciudad en que ha nacido. Tampoco habría razón para reprochar a sus poetas el tono hiperbólico que emplean para hablarnos de la felicidad que aquí se se disfruta, no ya estando cerca de uno sino de dos Vesubios. Nadie se atreverá a hacer evocaciones de Roma. Frente a esta situación sorprendente, la

capital del mundo nos parece un antiguo monasterio edificado en el más pobre de los paisajes.»

Menospreciar a Roma, no comprender la vida fuera de Nápoles, enloquecer. Tal es el efecto, según el hombre de la ponderación imperturbable, que produce el paraíso—así lo llama—cuyas deliciosas riberas se dilatan entre el canal de Procida y el golfo de Salerno. Ver a Nápoles y morir. O mejor: ver a Nápoles y no salir de sus palacios donde se ganaban fáciles gajes, de sus conventos que repartían sopa sin tasa, de sus iglesias que daban asilo a homicidas y ladrones, de sus callejuelas oscuras, propicias para capear, de su playa sonriente, de su golfo luminoso, de sus islas de oro, de sus montañas violetas, de su campiña, en fin, la más fértil del universo, pues en el siglo XIX Taine veía tierras que rendían a la vez siete cosechas: raíces, forrajes, uvas, naranjas, nueces.....

Miguel de Castro cuenta que «en todo el distrito tienen las viñas en unas heredades llenas de álamos, por los cuales suben, enredadas, sustentándose en ellos.» Así es como plantan las viñas en la provincia de la *Tierra de Labor*. Por su parte, los álamos «están puestos con tan grande primor, derechos, en hileras muy largas, que hacen una vista muy agradable.» Para mayor encanto, los vecinos tienen sus casas alejadas y repartidas «entre viñas y arboledas.»

No sólo cultivan la tierra, sino que «labran muchas medias de seda y otras sedas muy buenas, y telas de delgado y blanco lino, porque hay muy buen aparejo, así para cogello como para blanquealllo.» Tienen «muy buenas aguas, pan, carne, vino y todos los demás bastimentos, en particular el pan, como una nieve, y muy sabroso.»

El término jurisdiccional de aquel paraíso se componía de «doscientos diez y nueve casales o aldeas al rededor, el más distante a cuatro millas.»

El pan candeal, el buen vino, las suaves terneras sacrificadas para los señores capitanes y los capones que hurta el diligente soldado, tienen un complemento. En Nápoles y en su campiña las virtudes ascéticas existen sólo como un mito lejano.

Cuando la omnipotencia divina dió el cerrojazo del Edén formado para los fundadores de la humanidad en estado de gracia, encontrando tal vez la sentencia demasiado dura, permitió que hubiese una vaga parodia de edén para pecadores de ambos sexos, y lo estableció en el reino de Nápoles. Llevando todavía más lejos su cle-

mencia, había consentido que los aventureros españoles tuviesen el usufructo del nuevo edén, donde sin duda puso mayor número de serpientes que en el primero, aunque también multiplicó la copia, diversidad y excelencias de los frutos prohibidos.

No podía decirse que el Supremo Hacedor fuese excesivamente severo en sus justicias, pues dió a los hombres y a las mujeres, con especialidad a los que buscaban la perdición eterna, una compensación tan brillante como inesperada.

Llamado a escoger entre Nápoles y el Paraiso Terrenal, un aventurero de pura sangre no vacilaba, y bendecía la falta de nuestros primeros padres, causa de otras no menos pecaminosas, pero no menos paradisíacas, a sus ojos.

Así se expresaba aquella filosofía de hampa y placer.

VIII

Oro, Seda y Plumas

El capítulo de la vanidad sería interminable en la historia de la soldadesca. Nadie como el soldado para las galas. Ni el salvaje ni la mujer se atavían como los héroes. Hoy que la guerra se hace con aplicaciones científicas complicadas, y que el soldado se viste del color de la tierra que oculta sus trincheras, hemos visto cómo se resiste el combatiente inglés a dejar los colorines del uniforme, y cómo el francés hace una inmolación sangrienta antes de abandonar sus pantalones rojos. Todavía los generales son anacronismos de seda, oro y plumas. En el jefe se refugia, como vestigio, lo que era común en el soldado.

Ningún oficial moderno de caballería tendrá el atrevimiento de disfrazarse como el del siglo XVII.

Don Diego Duque de Estrada describe complacientemente su desembarco en Ragusa. «Vestíme de pontifical, como se suele decir, con un vestido de encarnado, blanco y oro, y una montaña de plumas de los mismos colores: mis cabos y tahalí bordados con cabestrillo, y algunas joyas de diamantes. Parecía nuestro grueso esquife un bosque de plumas, porque todos las llevavan, e iban muy bien puestos, y de tantas colores que pareciamos jaula grande de papagayos.»

¿Excepción?—diréis. Notad que el autor de las *Memorias* no habla sólo de sí: «Parecía nuestro grueso esquife un bosque de plumas, porque todos las llevaban, e iban muy bien puestos, y de tantas colores que parecíamos jaulas de papagayos (1)».

Oigamos a Alonso de Contreras: «Luego que llegamos a Sicilia, de lo ganado hice un vestido con muchos colores.» Un solo vestido, pero vistoso. Deslucido hubiera andado un soldado sin adornarse.

Siendo ya capitán de caballos Alonso de Contreras, su señor, el conde de Monterrey, quiso hacer una muestra general de toda la caballería que había en el reino y de toda la que nuevamente se levantaba, así como de la infantería española e italiana. En esa muestra se hallaron dos mil setecientos españoles y ocho mil italianos, «escogida gente.» Cada uno de ellos se afanaba por parecer mejor que sus compañeros de armas.

«¡Qué sería menester de galas en este día, que yo, con ser pobre, saqué mi librea de dos trompetas y cuatro lacayos, todos de grana, cuajados de pasamanos de plata, tahalíes y espadas doradas, y encima de los vestidos, gabanes de lo mesmo!

«Mis caballos que eran cinco, con sus sillas; dos con pasamanos de plata; calcillas de camuza, cuajadas de pasamano de oro, y mangas y coleto de lo mesmo; un monte de plumas azules, y verdes, y blancas encima de la celada, y una banda roja, recamada de oro cuajuada, que a fe podría servir de manta de una cama.

«Yo entré en esta manera en la plaza, con mi alférez y estandarte, y ochenta caballos detrás, bien armados; los soldados con sus bandas rojas, y mi hermano, que era mi tiniente, detrás de la compañía, harto galán.» (2).

Aun en servicio ordinario era de rigor esta vanidad ostentosa. «Estábamos de guardia, dice Duque de Estrada, con calza entera y cuello abierto, y era tan puesto en uso, que el virrey mandaba no entrasen a hablarle con valonas. Y queriendo un día entrar mi maestre de campo delante de su compañía, nos aderezamos todo lo mejor que supimos y pudimos, y yo ni supe ni pude ponerme tan poco bien que no diesen de más galán. Iba yo al cuerno derecho, y éramos siete hileras de calzas enteras, armas doradas, picas con fundas

(1) Séptima parte (1916).
(2) Alonso de Contreras, págs. 135 y 136.

de terciopelo, y penacho en el morrión; con bravos cuellos y puños abiertos (1).»

Para no ignorar un punto esencial, visitemos el guardarropa de uno de estos hombres. Nos conducirá Miguel de Castro. Cuenta que su capitán, Antonio de La Haya, dejó al morir, cuatrocientos escudos para su hermano Felipe de La Haya, capitán de infantería en Lisboa; dos esclavas blancas para su hermano Juan de La Haya; cuarenta escudos para su criado Francisco de Boscán; veinte para otros dos criados, y por último, sus vestidos para Miguel de Castro. «Luego me entregaron — dice éste— la ropa y vestidos que de la manda del capitán, que sea en gloria, me tocaban, lo cual vendí luego en pública almoneda, que se vendió en ciento y sesenta y tres escudos y seis carlines, sin un herreruelo de Segovia, negro, nuevo, aforrado de felpa, que lo tomó D. Melchior en treinta y nueve ducados, y un vestido argentino de tani aforrado de tafetán naranjado de embarcación, y un calzón y ropilla de teleta negra de burbión, y un herreruelo de guerguerán, aforrado de tani negro, acuchillado, nuevo, y dos camisas de Holanda, y un cuello nuevo de orleta, y un par de medias blancas de seda poco traídas; coleto de ámbar aderezado en Lisboa, que lo trajo nuevo cuando vino de España, que todo esto llevó el sargento Silva en sesenta y seis ducados; y un vestido de paño de seda de Sena, que llevó el alférez Antonio del Poyo en veinte y seis ducados; y sin la ropa blanca, que me quedé con ella: cinco camisas, siete pares de calzones, ocho pares de escarpines, todo de Holanda, y que lo había hecho aquella última embarcación en Nápoles, dos cuellos, seis valonas de coleta, cuatro pares de calcetas de hilo, para debajo, tres pares de medias de seda y dos pares de ligas, dos sombreros, y otras cosas que se quedaron en poder de quien tenía la ropa, que era el capitán Gregorio de Frias, y la espada, que se quedó con ella, con los tiros bordados de oro, y petrina, y daga, que valía treinta escudos; y un fieltro azul, que había hecho nuevo, guarnecido de alamares, que cuando estaba en Brindis se le envió Martín Hernández, procurador de la compañía; y botas, zapatos, espuelas, que todo se hizo noche.»

Este era el equipaje de un capitán en campaña. El que vivía de asiento, tenía que hacer un inventario más laborioso. Cuando se casó

---

(1) Duque de Estrada. Sexta parte.

el Duque de Estrada, su esposa le obsequió con ropa blanca, «labrada por sus manos admirablemente, y empezada desde su niñez. La cantidad era mucha de camisas, colchones, pañuelos, escofias, cuellos, puños y valonas, con puntas y encajes finísimos, y mucha bordadura, y sobre las flores y olorosas aguas, una sortija de dos manos que tenían un diamante de cien escudos, y una póliza de mil para guantes, y esto por regalo sin el dote.»

Comenzaron las bodas, y en ellas, si la novia lucía galas, el novio pretendía excederla. El nos hace relación de la fiesta, que duró ocho días. «Y yo me puse otros tantos vestidos diferentes y de diferentes cabos. El primero fué calza entera, capa y gorra carmesí, forrado todo de tela de oro, vestido que me costó cuatrocientos escudos; la capa con veintiséis guarniciones sobre fajas de raso, porque los mil escudos de presente todos fueron en vestidos, fuera de lo que yo tenía, que eran tales que pocos capitanes los tenían mejores, respecto de que en mi vida he jugado y el sueldo de los ocho escudos se empleaba en jubones y cabos, teniendo la costa hecha y muchos presentes de D. Francisco, sin las joyas y dineros que me truje. Dió Su Excelencia por donativo del padrinazgo un cabestrillo de oro a mí, y una joya de diamantes la señora virreina a mi esposa, que valió todo hasta quinientos escudos, y ciento en dinero, que se llaman de gastos secretos; D. Francisco de Castro, una cadena de doscientos, y un caballo, con sus aderezos negros recamados; D. Antonio de la Cueva (mi postizo hermano), aderezo de espada y daga, hermosa pieza que valía cien escudos, y el señor Marqués de Santa Cruz una faluca armada y dorada, con cendal de damasco. Mi señora la Princesa dió a doña Lucrecia, mi esposa, una carroza de terciopelo azul y oro, con dos hermosos caballos, con sus guarniciones de lo mismo, y el maestre de campo, mi suegro, a su costa, la librea del cochero, tres pajes y dos lacayos (1).»

El autor del *Soldado Píndaro* resume y ridiculiza las preocupaciones y la facha del guerrero vanidoso. «Andaba yo a este tiempo por Valladolid—dice el héroe de la novela—con licenciosas galas de soldado, señalado y lucido: ya unas veces pintado de diversos colores, y ya otras con los extremos de ellas, plumas, guarniciones

(1) Sexta parte.

y bandas, y ya con más cadenas, cintillos y botones que muestra una fachada de platero (1).»

Una dama que atisbara a este soldado por la cerradura, acicalándose en su oposento, escandalizada le diría: «¿Qué significa la atención continua, el eterno cuidado en que os comtemplo, fatigado siempre, y aun a las vaces con hierros y tenazas, cintas y bigoteras para el copete y barba; y ya otras muchas con aguas aromáticas, gomas, colirios, untos, jaboncillos y sebos, unos para los dientes y otros para la tez, para el cabello y manos; y ya también con moldes para el cuello, rosas para las ligas, hormas para el zapato, olor para el vestido, ámbar para el coleto, perfume a la camisa y anís para el aliento, y otros cuidados torpes, garruchas y tormentos crueles de vuestra juventud?»

Lo primero que hace el aventurero es vestirse, y más si quiere ser soldado. Guzmán, pícaro en Madríd, roba a un mercader, y huye con la bolsa henchida. Llega a Toledo, pasa por el Zocodover, y ve atravesar de camino en su mula a un gentilhombre de viaje para la corte, tan bien aderezado que le deja envidioso. «Llevaba un calzón de terciopelo morado, acuchillado, largo en escaramuza y forrado en tela de plata. El jubón, de tela de oro, coleto de ante, con un bravato pasamano milanés de tres dedos de ancho. El sombrero muy galán, bordado y bien aderezado de plumas, un trencillo de piezas de oro esmaltadas de negro, y en cuerpo. Llevaba en el portamanteo un capote, a lo que pareció, de raja o paño morado, su pasamano de oro a la redonda, como el del coleto y calzones.»

¿Qué mujer describirá hoy con mayor fidelidad el vestido de una elegante en el paseo? ¿Y cuál de ellas correría, como Guzmán de Alfarache, para emplear todo lo hurtado en galas? Se vistió del mejor modo que pudo. «Viéndome tan galán soldado, di ciertas pavonadas por Toledo, en buena estofa y figura de hijo de algún hombre principal.»

La nota psicológica es irreprochable. El soldado aventurero, a diferencia del pícaro, quiere parecer, y parecer no sólo por el traje, sino por entroncamientos ilustres con D. Fruela el astur. Bien pocos de los aventureros clásicos podían decir, como el personaje de Lope:

---

(1) *Soldado Píndaro*. Segunda parte, cap. I.

No soy de los españoles
que nacieron en la tierra
hechos un sol de trabajos,
en las montañas primeras;
y siendo su mayor honra
guardar dos vacas y ovejas,
con abarcas y curados,
vestidos de tosca jerga,
en empuñando una pica,
o una alabarda o jineta,
con una cadena al hombro
y una pluma a la francesa,
dicen que fueron sus padres
Anquises, Didos, Eneas,
y que es su solar Guevara,
y comen diez mil de renta.

Estos *españoles en Flandes,* nos dan el tipo. La historia lo perpetúa.

Brantôme oye decir a aquellos guapos: «Somos hidalgos como el Rey, dineros menos.»

CARLOS PEREYRA.

(Continuará).